

Los códigos geopolíticos estadounidenses ante los destellos de la Revolución Cubana

US Geopolitical Codes against the flashes from the Cuban Revolution

Mariano García de las Heras González¹

Universidad Complutense de Madrid (España)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5978-2156>

Recibido: 11-04-2022

Aceptado: 30-07-2022

Resumen

La guerrilla liderada por Fidel Castro y las implicaciones políticas de su triunfo en el año 1959 constituyen un objeto de estudio ampliamente investigado. El presente texto busca ofrecer una lectura de las respuestas estadounidenses a través de la construcción de un código geopolítico, que pretende neutralizar la inspiración revolucionaria producida por el ejemplo cubano en América Latina. El análisis recurre a una serie de fuentes primarias para subrayar las vertientes políticas, económicas y diplomáticas que configuran la política exterior de la Casa Blanca no sólo hacia Cuba, sino también hacia el resto de la región.

Palabras-clave: América Latina, contrainsurgencia, geopolítica, Revolución Cubana.

¹ (mgarciadelasheras@ucm.es). Historiador y politólogo. Contratado predoctoral en el programa de Ciencias Políticas y de la Administración y Relaciones Internacionales en la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Miembro del grupo de investigación “Espacio y Poder” de la UCM. Secretario de Redacción en *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*. Sus intereses académicos son los estudios de frontera, los discursos geopolíticos y la violencia política en el mundo contemporáneo. Sus publicaciones más recientes en revistas académicas son: El eventual legado de Mariátegui en la composición ideológica de Sendero Luminoso, en *Araucaria* (2020); con Jerónimo Ríos y Julio C. González, “Environment and armed conflict in Colombia: terrorist attacks against water resources and oil infrastructure in Norte de Santander (2010-2020)”, en *Small Wars & Insurgencies* (2021); con Asunción Gálvez, América Latina en la prensa escrita española: un análisis geopolítico de las Cumbres Iberoamericanas celebradas en España, en *Methaodos* (2021).

Abstract

The guerrilla led by Fidel Castro and the political implications of his triumph in 1959 constitute a widely researched object of study. This text seeks to offer a reading of US responses through the construction of a geopolitical code, which aims to neutralise the revolutionary inspiration produced by the Cuban example in Latin America. The analysis draws on a series of primary sources to highlight the political, economic and diplomatic strands that shape White House foreign policy not only towards Cuba, but also towards the whole of the region.

Keywords: Latin America, Counterinsurgency, Geopolitics, Cuban Revolution.

1. Introducción

El triunfo del movimiento guerrillero cubano liderado por Fidel Castro representa una referencia ineludible para comprender los ideales revolucionarios que experimenta América Latina en la época de la Guerra Fría. La implantación de un modelo socialista en la isla caribeña significa la alteración del orden continental inclinado hacia los intereses hegemónicos de Estados Unidos.

Los destellos producidos por las exhortaciones de los dirigentes cubanos y sus discursos entonados para espolear la lucha contra el imperialismo estadounidense incentivan el ideal del sueño de la revolución social en las latitudes del espacio latinoamericano. No obstante, los llamamientos a la vía insurreccional desde la isla caribeña y la multiplicación de grupos organizados para transformar la fisonomía del continente mediante la vía armada activan la reacción de las elites oligárquicas y los estamentos militares que detentan el poder político-económico en la mayoría de los países de América Latina. El eje vertebrador del extremo contrarrevolucionario es el anticomunismo, que interviene como elemento cohesionador.

El examen de una serie de fuentes primarias elaboradas por diferentes agencias estadounidenses permite comprobar la construcción de los códigos geopolíticos desplegados desde la Casa Blanca en la década de 1960. Por consiguiente, el enfoque responde a las herramientas aportadas por los estudios críticos de la geopolítica y el reconocimiento de unas pautas discursivas encargadas de construir unos espacios que perfilan el mapa mundial. En este caso concreto, las geografías latinoamericanas en el contexto de la Guerra Fría tras el éxito revolucionario de Cuba y su afiliación a la órbita socialista.

El esquema del trabajo dibuja una primera sección dedicada a introducir las implicaciones de la Revolución Cubana en el espacio latinoamericano durante la primera etapa del orden geopolítico bipolar encabezado por Washington y

Moscú. La segunda sección está dedicada a la reacción dirigida desde Estados Unidos para revertir la situación en Cuba y presenta una subdivisión para agrupar las medidas en función de las escalas geográficas. El análisis repasa en el escrutinio de diversas fuentes documentales para desvelar los criterios que determinan la confección de un código geopolítico y sus mutaciones en el tránsito de la década de 1960.

2. América Latina en el orden geopolítico de la Guerra Fría

La tensión desarrollada por las aspiraciones hegemónicas de los Estados Unidos y la Unión Soviética inaugura un nuevo orden geopolítico después de la Segunda Guerra Mundial. Las pretensiones de la Casa Blanca y el Kremlin están fundamentadas en unos proyectos universalistas trazados sobre unos modelos políticos, económicos y socioculturales antagónicos. Los esquemas dibujados para ordenar el sistema-mundo de la posguerra desde Washington y Moscú revelan sus dicotomías a través de unas representaciones simbólicas contradictorias en permanente disputa a lo largo de la etapa que conocemos bajo la etiqueta de Guerra Fría.

La condición bipolar marca el compás en la dinámica del sistema de la economía-mundo durante la segunda mitad del siglo XX. Las huellas de la Guerra Fría son visibles en el espacio regional latinoamericano y sus vestigios permanecen en las múltiples memorias colectivas elaboradas a partir de las bruscas alteraciones políticas registradas en las distintas latitudes de América Latina. No obstante, el ciclo revolucionario registrado en Cuba introduce una alteración en la tensión sobre el eje Washington-Moscú.

La disputa reconocida por las tensiones depositadas sobre el eje Este-Oeste imprime su sello en la geografía y América Latina no representa una excepción. La escala global prevalece en las intenciones maximalistas enunciadas, desde ambos hemisferios, por los candidatos a conquistar la hegemonía sobre las cenizas del conflicto finalizado en 1945. Sin embargo, los criterios estratégicos fragmentan el espacio y la región latinoamericana adquiere un valor sobresaliente en las agendas de seguridad estadounidenses. Por este motivo, el triunfo del proceso revolucionario en Cuba introduce una alteración en la lógica de la Guerra Fría a finales de la década de los años cincuenta.

El encadenamiento de regímenes autoritarios traducidos en dictaduras militares, los numerosos golpes de Estado y el surgimiento de múltiples movimientos guerrilleros son algunas de las pruebas que elevan la temperatura de la Guerra Fría en el escenario latinoamericano. La dualidad constituida por el binomio revolución-contrarrevolución encauza la disputa por la hegemonía

entre Washington y Moscú, que moldea unos razonamientos geopolíticos prácticos en función de sus respectivos intereses.

El final de la década de 1950, y especialmente el siguiente decenio, ilumina una constelación de movimientos revolucionarios. La proliferación de este tipo de organizaciones mantiene un denominador común: la transformación de las realidades políticas, sociales y económicas existentes en América Latina. La fuerte politización del universo estudiantil, las escisiones registradas en el seno de las fuerzas comunistas ortodoxas y el firme compromiso de determinados círculos intelectuales explican la heterogeneidad de los grupos dedicados a establecer las condiciones para iniciar la marcha de la revolución en el espacio latinoamericano.

El apogeo de este ciclo movilizador coincide con el período inmediatamente posterior al triunfo de la Revolución Cubana. El nacimiento de múltiples grupos guerrilleros entronca con la referencia representada por el Movimiento 26 de Julio (M-26), que logra derrocar a la dictadura de Fulgencio Batista en la isla caribeña bajo el liderazgo de los hermanos Castro y Ernesto *che* Guevara. El éxito revolucionario en Cuba desencadena un aumento de las reivindicaciones de cambio en América Latina (Wright, 2001; Wickham-Crowley, 2014; Weyland, 2019; Kruijt, 2019; Ríos y Azcona, 2019; Kruijt, Rey y Martín, 2020).

La conquista del poder en Cuba por la guerrilla de Fidel Castro incentiva la organización de numerosos grupos revolucionarios en el conjunto de los países latinoamericanos con el propósito de reproducir los mecanismos desarrollados en la isla antillana (Wickham-Crowley, 2014). En este escenario definido por la multiplicación de focos insurrectos en las distintas latitudes de América Latina, los regímenes autoritarios y las dictaduras militares ejecutan programas de represión contrainsurgente (Weyland, 2019). La década de los años setenta es testigo de la depuración de las tácticas represivas y su máxima expresión es la denominada Operación Cóndor, mientras que los dirigentes políticos impulsan reformas patrocinadas desde Washington para frenar la creciente oleada de protestas.

La revolución abanderada por los hermanos Castro en Cuba brinda su apoyo logístico a los diferentes movimientos guerrilleros operativos en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela (Kruijt, Rey y Martín, 2020, p. 1). La asistencia cubana está acompañada de una doble línea de radicalización cristalizada en los decenios de los años setenta y ochenta. En este sentido, los últimos compases de la década de 1970 experimentan un nuevo auge de las guerrillas caracterizadas por la reformulación de sus estrategias subversivas en la lucha contra las dictaduras militares impuestas en algunos de los países América Latina (Wickham-Crowley, 2014, p. 215).

El saldo exitoso de la Revolución Cubana en su llegada a La Habana no explica *per se* la emergencia de los movimientos revolucionarios registrados en América Latina durante la década de 1960 y los años posteriores. El ejemplo de Castro y la organización del M-26 entronca con un escenario configurado desde diferentes ángulos. En el terreno académico despunta la teoría de la dependencia para explicar las condiciones históricas del subdesarrollo económico en los países latinoamericanos, mientras que la doctrina de la Teología de la Liberación destaca en el ámbito de las creencias como consecuencia de las impugnaciones detectadas en el Concilio Vaticano II. Además, las líneas políticas marcadas por el Movimiento de Países No Alineados constituido en 1955 están plenamente identificadas con la situación de los países de la región en el tablero geopolítico definido por el orden bipolar de la Guerra Fría.

El proceso de transformación de la isla caribeña como resultado de la guerrilla dirigida por Fidel Castro aporta la vía de la revolución para subvertir el orden político implantado en muchos de los países de América Latina. El adjetivo “fidelista” invade el vocabulario político al ritmo marcado por el compás de los grupos insurrectos nacidos en la década de 1960 (Wright, 2001). Las doctrinas revolucionarias crecen en la región de manera similar a la imagen metafórica de una mancha de aceite, que extiende su superficie sobre la geografía latinoamericana.

Los movimientos guerrilleros organizados en la década de 1960 manifiestan diversos grados de intensidad en la transformación de las realidades latinoamericanas, que explican el ajuste de sus metas revolucionarias a un conjunto de recursos muy heterogéneos. La mayoría de estos grupos fracasan en sus aspiraciones políticas, aunque todos ellos pretenden ofrecer una respuesta a las particularidades modernas del capitalismo, las desigualdades visibles en las estructuras sociales y las intervenciones estadounidenses en América Latina (Harmer, 2014, p. 135).

El derrocamiento de Batista abre una etapa política en América Latina, que observa la pervivencia de varios dictadores: Somoza en Nicaragua, Duvalier en Haití, Trujillo en la República Dominicana, Stroessner en Paraguay y la permanencia del régimen militar impuesto en El Salvador en el año 1934. Sin embargo, el predominio de gobiernos civiles experimenta una alteración como consecuencia de la reacción contrarrevolucionaria ejecutada tras el triunfo castrista en Cuba (Wright, 2001).

Los países latinoamericanos registran sucesivos procesos golpistas y el resultado es la transformación de América Latina en un espacio político dominado por dictaduras militares o regímenes autoritarios. Esta metamorfosis favorece la difusión de los ideales revolucionarios entonados por el comunismo y canalizados a través de los movimientos guerrilleros. Los dirigentes cubanos asisten al nacimiento de una nueva oleada guerrillera mediante la difusión de sus

ideales revolucionarios, pero acompañados de un preciso suministro logístico y de diversos cauces de financiación para respaldar sus iniciativas. El apoyo ofrecido por Cuba a diferentes organizaciones afines a los criterios de Castro provoca una línea de ruptura con las formaciones comunistas encuadradas por los dictados enunciados desde Moscú.

Wickham-Crowley (2014) examina la propagación de los repertorios colectivos identificados por los movimientos guerrilleros, especialmente concentrados en la década posterior a la revolución castrista. En la cronología definida por los años sesenta del pasado siglo, y en el espacio latinoamericano, los grupos revolucionarios y los partidos comunistas recurren de manera generalizada a la estrategia formulada por la guerra de guerrillas. Su desvanecimiento en los años ochenta responde a una doble explicación: la intensidad de las represiones ejercidas por las dictaduras con un carácter masivo y la recuperación de unos sistemas democráticos representativos basados en la competición electoral.

3. La reacción de Washington a la Revolución Cubana

Los exámenes académicos vertidos sobre América Latina recurren a una aproximación realizada a través de la lente aportada por el conflicto entre Estados Unidos y la URSS. El Pacto de Río firmado en 1947 y, al año siguiente, la creación de la Organización de Estados Americanos (OEA) constituyen los signos que establecen el comienzo del orden bipolar en la región. En cambio, los rigores de la cronología de la Guerra Fría en el espacio latinoamericano expresan un cierto desajuste en las prioridades definidas por la disputa entre Washington y Moscú. La escala de la violencia y de la polarización ideológica coincide, precisamente, con la fase de la distensión transcurrida en las décadas de 1960-1970 (Harmer, 2014, p. 134).

El triunfo de Fidel Castro en Cuba modifica la fisonomía de los repertorios revolucionarios en la geografía latinoamericana. La isla caribeña da voz a unas generaciones inspiradas por la lucha contra el imperialismo, la liberación nacional y la justicia social. Los sectores estudiantiles adquieren un papel preponderante en esta nueva etapa y sus movilizaciones asumen un tono crecientemente radicalizado, especialmente a partir de la segunda mitad de la década de 1960. Los liderazgos que encabezan esta incipiente militancia asisten a conferencias dictadas en La Habana y establecen contactos con sus dirigentes políticos en diferentes reuniones, tanto públicas como privadas (Kruijt, Rey y Martín, 2020, p. 4).

La lógica dinamizada por la dualidad entre revolución-contrarrevolución es un signo característico de la Guerra Fría en América Latina. La región

observa “un ciclo histórico de levantamientos revolucionarios e insurgencias” (Grandin, 2011, p. 1). El proceso de invocación a la transformación de las realidades latinoamericanas bajo la inspiración cubana está articulado, en términos ideológicos, por una triple influencia: el marxismo expresado en sus vertientes políticas por el socialismo y el comunismo, las tesis de la dependencia en sus explicaciones económicas y, por último, la doctrina de la Teoría de la Liberación cristalizada en las reivindicaciones por materializar la justicia social (Kruijt, Rey y Martín, 2020, pp. 6-9).

En el contexto de la inmediata segunda posguerra mundial, América Latina observa la reducción de las aperturas democráticas, la prohibición de las formaciones comunistas, la aceleración de las escisiones en los grupos ubicados en el espectro ideológico de la izquierda y el auge del anticomunismo (Harmer, 2014). La proliferación de movimientos guerrilleros deberá esperar hasta la conquista del poder en Cuba por el M-26 dirigido por Castro. Kruijt, Rey y Martín (2020, pp. 5-6) concretan las contribuciones de la Revolución Cubana en las siguientes ideas:

- a. Una revisión del legado revolucionario de América Latina que logra rehabilitar la violencia política como instrumento para la transformación social
- b. La referencia cubana es similar al proceso revolucionario bolchevique para el contexto continental europeo en tanto que consigue la conquista del poder y aplica una serie de amplias reformas en el orden socioeconómico
- c. El inmediato apoyo a otras propuestas revolucionarias en la región
- d. El estímulo para desarrollar una nueva cultura política dentro de la izquierda latinoamericana
- e. La provisión de una doctrina transformadora coherente y práctica al servicio de sus potenciales grupos afines mediante la tesis del *foquismo* elaborada por Guevara

En materia de política exterior, el modelo de Castro en Cuba afronta dos preocupaciones de manera simultánea en el inicio de su andadura: contrarrestar las iniciativas militares estadounidenses para derrocar su régimen y estrechar lazos con sus nuevos socios (Kruijt, 2020, p. 19). La aportación revolucionaria de la isla caribeña en la escala continental se traduce en un apoyo directo a los grupos guerrilleros operativos en la región mediante cauces encubiertos y el suministro de material logístico. La idea vertebradora de esta estrategia consiste en eliminar el imperialismo practicado desde la Casa Blanca y sustituir los modos de producción capitalistas (Harmer, 2014, p. 141).

Los dirigentes cubanos organizan una agencia de enlace e inteligencia que, tras maniobrar con diferentes nomenclaturas, asume el título de Departamento América. Un documento elaborado por la CIA detalla la construcción de una Dirección General de Inteligencia cubana, que es el organismo responsable de dirigir las actividades subversivas desde los parámetros establecidos en La Habana. Su estructura está dividida en tres secciones operativas: “centros legales”, que coordinan las acciones mediante las misiones diplomáticas; un “departamento ilegal”, que ordena a los agentes estacionados permanentemente en aquellos países que carecen de relaciones con Cuba; y, por último, el “departamento de liberación nacional”, que lidera las iniciativas revolucionarias en el espacio latinoamericano (CIA, 1968, p. 5).

Cuba simboliza el catalizador de los movimientos revolucionarios en el espacio continental y el modelo ideado por Guevara sobre la guerra de guerrillas representa el paradigma de referencia para los grupos subversivos que operan en las latitudes latinoamericanas, especialmente en la década de 1960. En definitiva, el resultado exitoso del M-26 desplaza la acción calculada de los partidos políticos que aspiran a guiar los procesos emancipadores en las Repúblicas de América Latina.

El foco de atención recae sobre América Latina con el detonante de la Revolución exitosa en Cuba. El Gobierno cubano declara su afinidad con la órbita socialista y su implantación en el hemisferio occidental, favorable a las pretensiones hegemónicas de Moscú, inauguran una nueva fase de intensa radicalización en el espacio latinoamericano. No obstante, la existencia de la OEA y la configuración de su marco institucional ya había servido para espolear el ideario anticomunista en América Latina como resultado no sólo de los intereses estadounidenses en la región, sino también de los temores de las cancillerías implantadas en el continente.

El caudillismo militar encastillado en la región y las elites anticomunistas reconocen la fuerte inspiración provocada por los destellos revolucionarios de Cuba entre los movimientos guerrilleros surgidos en la década de 1960. La escala y la magnitud de tales temores son variables en función de las coyunturas registradas en el espacio continental. Sin embargo, las fuerzas contrarrevolucionarias más intransigentes abrazan a reformadores y disidentes bajo la denominada Doctrina de Seguridad Nacional. La maquinaria burocrática estadounidense confecciona los códigos geopolíticos que considera óptimos para buscar, en primera instancia, el derrocamiento del Gobierno castrista en Cuba y, en segundo término, la subordinación del espacio continental en el tablero de juego definido por el orden bipolar. La Guerra Fría en América Latina estuvo apuntalada por la política intervencionista de la Casa Blanca.

3.1. Intervención local: bloqueo económico y contrainsurgencia en Cuba

El origen de la Doctrina de Seguridad Nacional data de las décadas previas a la llegada del castrismo a Cuba. En la elaboración de sus formulaciones teóricas iniciales prevalece el estamento militar, que recupera su prestigio en la región latinoamericana especialmente en la década de 1960. El ideario privilegia las tácticas de lucha abierta contra las facciones subversivas y revolucionarias con objeto de someter el espacio de América Latina a los intereses de Estados Unidos en su disputa por la hegemonía contra el modelo soviético.

Lestor Mallory (1960) redacta un informe relativo a la decadencia de Castro y su salida del poder en Cuba. El texto destaca una serie de consideraciones sobre la vida política en la isla caribeña y subraya que la mayoría de los cubanos apoyan al modelo castrista fundamentado en una inspiración comunista. Además, el autor señala la inexistencia de una oposición política efectiva y manifiesta que la única opción para subvertir el orden consiste en socavar el respaldo popular mediante la desafección a través de la creación de unas dificultades económicas artificiales.

El Archivo de Seguridad Nacional publica una colección de documentos que señalan los orígenes, la justificación y el desarrollo temprano de las medidas punitivas estadounidenses contra Cuba. Las fuentes prueban que la concepción inicial de la presión económica ejercida desde Washington es ocasionar dificultades y desencanto entre la población cubana mediante la negativa de enviar fondos monetarios, disminuir la masa salarial, provocar hambre y agitación con objeto de desencadenar un movimiento insurgente destinado a cambiar el panorama político en el territorio cubano. Sin embargo, la redacción varias décadas después de un informe de la CIA (1982) reconoce que el bloqueo económico no ha logrado satisfacer los objetivos de Estados Unidos.

La Administración de Eisenhower es la encargada de reducir las importaciones de azúcar cubano y de restringir las exportaciones estadounidenses con destino a la isla caribeña. La iniciativa del embargo comercial es completada por John F. Kennedy en febrero de 1962. Esta medida es adoptada casi un año después de la frustrada tentativa de invadir Cuba con un grupo de mercenarios paramilitares adiestrados en Guatemala y Nicaragua. El resultado de esta campaña es el fracaso de la Casa Blanca en su intento por eliminar del poder a Castro en Bahía de Cochinos.

El dirigente cubano declara, en esa coyuntura, la afinidad de la isla caribeña con la doctrina socialista. Cuba rubrica un programa de ayuda financiera y comercial con el Kremlin, que garantiza las importaciones de azúcar embargadas por Estados Unidos. La colaboración entre La Habana y Moscú adquiere su mayor visibilidad con el despliegue de misiles soviéticos

en el espacio cubano durante la primavera de 1962. Esta maniobra impulsa la reacción de Kennedy para fortalecer el bloqueo económico y culmina con la crisis desarrollada en octubre de ese mismo año.

Las iniciativas estadounidenses para estrangular la economía cubana son un mosaico de leyes, proclamas presidenciales y reglamentos aprobados por la Administración de Kennedy. Su justificación inicial remite al citado informe firmado por Lestor Mallory y fechado en abril de 1960. Washington suspende las importaciones azucareras cubanas, que representan un 80% del volumen total de las exportaciones de La Habana. Castro responde a la medida de Eisenhower con la nacionalización de las compañías petroleras de capital norteamericano y británico, que rechazan refinar el combustible fósil procedente de la Unión Soviética y la Casa Blanca decide extender el bloqueo a todos los bienes, excepto medicinas y alimentos.

El bloqueo decretado por Estados Unidos está integrado en un programa estratégico más profundo, que incluye el apoyo a la disidencia cubana y los preparativos de una operación destinada a invadir la isla, que finalmente fue abortada por la respuesta de las fuerzas cubanas en la playa de Girón. Kennedy recurre, tras el resultado de Bahía de Cochinos, a la Ley de Asistencia Extranjera para imponer un embargo comercial absoluto e iniciar la asfixia económica de Cuba. Los planteamientos incluyen, de nuevo, ofensivas paramilitares y acciones de sabotaje para lograr la caída de Fidel Castro.

La Casa Blanca diseña un programa con la intención de proporcionar ayuda a los sectores disidentes en la isla. El proyecto recibe el nombre de Operación Mangosta y en sus líneas declara que la intención principal consiste en provocar la rebelión del pueblo cubano a través de un movimiento de acción política y asistido por la guerra económica para inducir el fracaso del Gobierno de Castro. La creación de necesidades económicas artificiales, las operaciones psicológicas para transformar el resentimiento en protestas contra el régimen castrista y el establecimiento de grupos paramilitares dedicados a impulsar la movilización popular hacia el sabotaje, e incluso la lucha armada, son las ideas que fundamentan el proyecto (Foreign Relations of the US, 1962, pp. 710-711).

El documento elaborado por el Gabinete de Relaciones Exteriores de la Administración Kennedy indica que la agencia de inteligencia estadounidense, la CIA, es la encargada de trazar los objetivos para guiar la acción política encaminada a activar la rebelión popular en suelo cubano. El texto señala expresamente que “el mínimo necesario para que el Proyecto Mangosta sea efectivo es de 30 cubanos (...) y la CIA tiene la tarea de realizar una búsqueda prioritaria entre los cubanos residentes en Estados Unidos y el Caribe” (Foreign Relations of the US, 1962, pp. 712-713).

La CIA aporta las justificaciones para la intervención estadounidense en Cuba y en un informe titulado *Havana's Revolutionary Program for Latin*

America (1963) reconoce el temor por los destellos revolucionarios procedentes de la experiencia en Sierra Maestra. El documento afirma que Castro y sus propagandistas han iniciado una campaña para exportar la revolución en América Latina a través del modelo cubano. En este sentido, las referencias a las exhortaciones de Castro en la Segunda Declaración de La Habana son constantes y subrayan el apoyo militante ofrecido desde la isla caribeña a los movimientos guerrilleros organizados en el espacio latinoamericano. Un ejemplo de ello es la siguiente aseveración:

Desde el principio, los portavoces cubanos se han mostrado confiados en que con el tiempo todos los demás países de América Latina seguirán el ejemplo de Cuba, barriendo a los viejos gobiernos, estableciendo nuevos regímenes de acuerdo con el modelo castrista y romperán todos los lazos con el “imperialismo estadounidense” (CIA, 1963, p. 1).

Cuba mantiene su apuesta por los grupos revolucionarios y difunde, en 1967, el mensaje de Guevara emitido en la sede de la Tricontinental, que reúne a los países del Movimiento No Alineado. En su alocución, el guerrillero rosarino ensalza las virtudes de la lucha armada con la finalidad de doblegar la explotación estadounidense sobre los pueblos latinoamericanos y proclama la creación de “dos, tres, muchos Vietnam”. Sin embargo, esta fórmula colisiona frontalmente con las propuestas políticas favorables a la línea soviética y su formulación provoca el desapego de las formaciones ortodoxas comunistas. Estas discrepancias son reflejadas por un informe de la CIA del siguiente modo:

En 1964, los esfuerzos subversivos indiscriminados de Castro lo habían situado en desacuerdo con los líderes soviéticos y en conflicto con la mayoría de los principales partidos comunistas ortodoxos en América Latina. Durante una reunión secreta en La Habana en noviembre de 1964, los soviéticos ayudaron a elaborar un acuerdo que exigía el apoyo a los esfuerzos insurgentes en un reducido número de países latinoamericanos, pero especificaba que, en todos los casos, el Partido Comunista local debería determinar si se utilizarían o no medios violentos (CIA, 1968, p. 3).

La Revolución Cubana modifica la caracterización de las tensiones ideológicas en América Latina mediante la introducción de un elemento adicional: la teoría de la revolución. El proceso de cambio en la isla caribeña liderado por Castro desvela la posibilidad de eludir la fase capitalista para establecer un orden socialista. Esta aceleración exige, no obstante, la construcción de unas condiciones objetivas a través de la instrumentalización de la lucha armada.

El ejemplo de Cuba desencadena una creciente heterodoxia fundada en numerosos debates teóricos y su cristalización reside en las múltiples fracturas

detectadas en la izquierda marxista. Sin embargo, como apunta Harmer, “este escenario rescata la imagen de las tensiones apreciadas en las décadas de 1920-1930” (2014, p. 141). Además, las discrepancias ideológicas registradas en los primeros compases de la Guerra Fría ocupan un lugar residual en las agendas políticas de la Casa Blanca y el Kremlin, que mantienen su atención dirigida hacia las eventualidades localizadas en las geografías del sudeste asiático y el continente europeo.

3.2. Intervención continental: presión diplomática y Alianza para el Progreso

El proceso revolucionario en Cuba es el detonante del estallido de numerosos movimientos insurreccionales en América Latina y los destellos de la Revolución Cubana absorben el interés de la política exterior estadounidense en la región. El anticomunismo es el hilo conductor de los códigos geopolíticos practicados por la Casa Blanca en la Guerra Fría, mientras que la geografía latinoamericana constituye su “patio trasero” en la disputa por la hegemonía a escala global. Estos motivos explican la centralidad de la región en la confección de sus agendas de seguridad frente a la amenaza, tanto figurada como real, de una expansión guerrillera con tonos comunistas en las distintas latitudes del continente americano.

Los llamamientos de los dirigentes cubanos a los movimientos subversivos y guerrilleros de América Latina buscan afianzar su modelo contra la intervención estadounidense en la región. En sus declaraciones, la temática sobre la explotación imperialista ejercida desde Washington es un asunto reiterado y adquiere visibilidad en las denuncias emitidas por Cuba sobre el funcionamiento de la OEA o el papel reaccionario de la Alianza para el Progreso aprobada por la Administración Kennedy para someter el espacio continental americano a los intereses de la Casa Blanca.

El documento sobre la Operación Mangosta reconoce que la Administración Kennedy busca presionar en la Reunión de ministros de Relaciones Exteriores celebrado en el marco institucional de la OEA. El objetivo fundamental consiste en lograr el aislamiento de Cuba y “alentar a los líderes latinoamericanos a desarrollar operaciones independientes similares a este Proyecto buscando una rebelión interna del pueblo cubano contra el régimen comunista” (Foreign Relations of the US, 1962, p. 713).

Estados Unidos logra la expulsión de Cuba de la OEA en su reunión celebrada en Punta del Este entre los días 22-31 de enero del año 1962. La delegación cubana encabezada por Osvaldo Dorticós asiste al bloqueo diplomático por parte del resto de los países que integran el espacio continental, a pesar de las apelaciones realizadas por México. El Acta Final de la Sesión

de consulta de los ministros de Asuntos Exteriores convocados en la localidad uruguaya es una muestra, negro sobre blanco, de la asunción de los intereses hegemónicos estadounidenses en América Latina.

El argumento esgrimido por la OEA para la expulsión de Cuba rescita el ideal de la Doctrina Monroe porque denuncia la ayuda militar recibida por el Gobierno cubano por parte de las potencias comunistas ajenas al espacio continental americano. El razonamiento está elaborado sobre las premisas del anticomunismo y precisa que “la adhesión de cualquier miembro de la OEA al marxismo-leninismo es incompatible con el Sistema Interamericano y el alineamiento de tal gobierno con el bloque comunista quebranta la unidad y la solidaridad del hemisferio” (OEA, 1962, p. 14).

La ruptura de las relaciones diplomáticas entre los países integrantes de la OEA y la Cuba de Fidel Castro significa una reafirmación de los códigos geopolíticos estadounidenses sobre la isla caribeña bajo el pretexto de la amenaza a la seguridad del espacio latinoamericano. Las exhortaciones revolucionarias de los dirigentes cubanos y la progresiva aparición de numerosas guerrillas con una vocación transformadora de las realidades existentes en diferentes latitudes de América Latina sirven de argumento para justificar el aislamiento del castrismo. Incluso, la OEA decide añadir a su resolución el bloqueo económico impuesto desde Washington (OEA, 1962, p. 16).

Las iniciativas diseñadas en la Casa Blanca y ejecutadas por sus servicios de inteligencia persiguen el derrumbamiento del régimen político de Castro. El origen doméstico de estas campañas cambia su escala para adquirir una magnitud regional desplegada hacia el conjunto de las latitudes latinoamericanas, que son testigo de los brotes revolucionarios y guerrilleros espoleados por los destellos desprendidos de la experiencia cubana. El comunicado del Acta Final de la OEA declara que, en estas circunstancias, la unidad continental y las instituciones democráticas de la región están amenazadas porque:

Han podido comprobar una intensificación de la ofensiva subversiva de gobiernos comunistas, sus agentes y las organizaciones controladas por ellos. El propósito de esta ofensiva es la destrucción de las instituciones democráticas y el establecimiento de dictaduras totalitarias al servicio de potencias extracontinentales. Los hechos más salientes de su intensificación son las declaraciones, expresadas en documentos oficiales por los organismos dirigentes del comunismo internacional, de que uno de sus principales objetivos es implantar el comunismo en los países subdesarrollados y en la América Latina (OEA, 1962, p. 5).

Precisamente, y al dictado de las tesis liberales formuladas por los teóricos del desarrollismo, Kennedy aprueba un proyecto con dimensiones continentales dedicado a proporcionar ayuda económica y asistencia política al conjunto de América Latina denominado Alianza para el Progreso. La biografía de este

programa recorre la década de 1960 y busca afianzar la posición estadounidense en el espacio latinoamericano ante la traducción del descontento social en múltiples grupos guerrilleros que invocan la vía revolucionaria para transformar las realidades de sus respectivos países. Un informe elaborado por la CIA en 1968, tras el asesinato de Guevara en Bolivia, reconoce la importancia de estas condiciones en los siguientes términos:

El peligro aumenta, sin embargo, en aquellos países en los que el desarrollo político y económico ha sido marginal, y en los que existe la amenaza de una escisión en la habitual clase garante de la estabilidad (por ejemplo, la militar u oligárquica) es una posibilidad creciente. Si esto ocurre, lo que habían sido disturbios menores en el país podrían convertirse repentinamente en una fuerza política desproporcionada numéricamente (CIA, 1968, p. 10).

Un informe de la CIA (1963) reitera las declaraciones continuas de Castro sobre la referencia paradigmática que representa Cuba para la transformación de la realidad en América Latina. El documento destaca que los principales argumentos vertidos por el dirigente cubano descansan sobre una triple dirección: la lucha contra el imperialismo estadounidense, la democracia representativa de los modelos liberales y la Alianza para el Progreso.

En esta coyuntura, una Comisión dedicada a la evaluación del programa de la Alianza por el Progreso dedica algunos de sus capítulos a la temática de las actividades guerrilleras en el espacio continental. El encargado de su elaboración es el historiador David Burks, de la Universidad de Indiana, que establece una serie de recomendaciones para neutralizar los movimientos revolucionarios en América Latina. El análisis de Burks (1969, pp. 209-211) señala las siguientes premisas y anticipa, en algunos de sus aspectos, la posterior Operación Cóndor:

- a. Un mayor énfasis en perfeccionar la seguridad civil, tanto policial como paramilitar
- b. La urgencia de mejorar las agencias de inteligencia en los países latinoamericanos
- c. Establecer unos mecanismos de vigilancia rigurosos sobre los sectores estudiantiles, que son una de las principales fuentes de actividad subversiva
- d. La necesidad de estimular el desarrollo rural, incluso a través de la aprobación de reformas agrarias que permitan distanciar a las guerrillas del campesinado

- e. El mantenimiento del bloqueo económico con la exigencia de que Cuba rompa sus relaciones con potencias comunistas ajenas al hemisferio

Un diagnóstico pormenorizado de la situación subversiva en América Latina a finales de la década de 1960 revela la existencia de cinco focos de actividad guerrillera: Bolivia, Colombia, Guatemala, Nicaragua y Venezuela. Sin embargo, los destellos de la Revolución Cubana son visibles en otros países con eventualidades revolucionarias: Haití, Nicaragua, Panamá y República Dominicana en el mismo año del triunfo castrista; Ecuador en 1962; Argentina y Honduras en 1964; Perú en 1964-1965; Paraguay en 1965; y, finalmente, Brasil en el año 1967. En el área meridional del continente, las únicas excepciones a la inspiración provocada por la experiencia de Cuba son Chile y Uruguay, mientras que la exclusión de insurgencias en la zona centroamericana está representada por Costa Rica, El Salvador y México.

4. Notas finales

El arco cronológico comprendido entre el triunfo de la Revolución Cubana en 1959 y el cambio de siglo es testigo del nacimiento de numerosas organizaciones, expresadas a través de una extensa constelación de siglas y guiadas por unos ideales revolucionarios, que buscan desafiar el *statu quo* establecido en los países del espacio latinoamericano. La densidad de movimientos insurrectos que invocan a la guerra de guerrillas es una muestra de la configuración de un ciclo de transformación potencial de los países que integran América Latina, con especial grado de intensidad en la década de 1960 y bajo la inspiración de los destellos producidos por la experiencia de Cuba.

La lógica de exportar la estrategia desarrollada en la isla caribeña hacia diferentes latitudes de la geografía latinoamericana incentiva la idea anclada en el sueño de la revolución social. Sin embargo, las nuevas teorías sobre las vías revolucionarias protagonizadas por las guerrillas colapsan ante las medidas reaccionarias de las elites instaladas en el poder y apoyadas desde Washington en un escenario marcado por la tensión de las aspiraciones hegemónicas del orden geopolítico bipolar.

La configuración del nuevo mapa mundial tras la Segunda Guerra Mundial sigue el compás establecido por el enfrentamiento entre las superpotencias estadounidense y soviética. Sus aspiraciones dirigidas a detentar los designios universales articulan una serie de espacios y esferas de influencia que concentran la atención de las agendas de seguridad de sendas cancillerías. América Latina simboliza el escenario de vanguardia para la ofensiva comunista y Washington produce sus códigos geopolíticos con la intención de consolidar su posición en la geografía latinoamericana.

El caso analizado corresponde al entramado de discursos geopolíticos prácticos, según el lenguaje de los estudios críticos, que articulan el rumbo de la política exterior de la Casa Blanca en una coyuntura específica: el triunfo revolucionario en Cuba y los destellos irradiados desde la isla hacia el resto del continente en la década de los años sesenta. El análisis de las fuentes seleccionadas documenta la simultaneidad de las escalas geográficas que componen un código geopolítico y las múltiples aristas de aproximación a la meta concretada, que en este caso consiste en el derrocamiento del modelo socialista de Fidel Castro e implantado a apenas unos cientos de kilómetros de las costas de Florida.

Las Administraciones estadounidenses y sus agencias de inteligencia formulan unas estrategias de seguridad y defensa ajustadas a las prioridades establecidas en el contexto de la primera etapa de la Guerra Fría. Las exhortaciones revolucionarias de los dirigentes cubanos para incentivar la lucha guerrillera en América Latina intensifican el ideario anticomunista, que desafía y contradice los principios liberales del bloque capitalista capitaneado por la Casa Blanca. En este sentido, los códigos geopolíticos estructurados desde Washington operan en diferentes escalas y acomodan sus estrategias en función de la interpretación de las ventanas de oportunidad para obtener sus propósitos.

La intervención directa sobre el espacio cubano incluye la agitación social y las acciones de sabotaje mediante la imagen de unas dificultades económicas creadas de manera artificial. La apuesta estadounidense también refleja la tentativa golpista a través de una operación paramilitar destinada a invadir la isla caribeña y derrocar al Gobierno cubano. Estas iniciativas no logran satisfacer las expectativas de Estados Unidos, como reconocen algunos de los informes elaborados por sus agencias.

La vía insurgente patrocinada por Estados Unidos para maniobrar en Cuba está acompañada de una medida económica, que pretende estrangular el comercio de la isla caribeña. El bloqueo decretado por Eisenhower y completado por Kennedy intenta obstaculizar los avances del Gobierno de Fidel Castro en su construcción del socialismo. Sin embargo, estas medidas hallan su respuesta en las políticas de nacionalización de las compañías estadounidenses activas en suelo cubano y la firma de unos acuerdos comerciales con Moscú, que estrechan los lazos con la órbita soviética en los primeros compases de la andadura revolucionaria tras la expulsión de Fulgencio Batista.

Washington añade la baza del poder calificado de blando mediante la presión ejercida por el juego diplomático. El instrumento seleccionado por Estados Unidos es el sistema interamericano fundado en la OEA y la expulsión de enero de 1962 significa, entre otras cuestiones, el aislamiento de las relaciones establecidas entre Cuba y el resto de las cancillerías del espacio continental americano. La readmisión cubana hubo de esperar hasta el año

2009 en la convocatoria de la Asamblea General del organismo celebrada en la localidad hondureña de San Pedro Sula. Los argumentos esgrimidos para excluir a la representación cubana están enmarcados por el exacerbado anticomunismo registrado en el continente americano durante la Guerra Fría y la figurada amenaza que representa el ideario castrista para la seguridad en el espacio regional.

Por último, y en sintonía con la línea articulada desde los parámetros del llamado *soft power*, la Administración Kennedy añade una nueva arista en sus códigos geopolíticos regionales a través de la Alianza para el Progreso. El programa, iniciado en 1961 y mantenido hasta finales de dicha década, busca mitigar la proliferación de movimientos guerrilleros y disipar las proclamas revolucionarias a través de los incentivos al desarrollo económico de los distintos países latinoamericanos.

En definitiva, la plasmación de los códigos geopolíticos estadounidenses a lo largo de la década de 1960 expresa una conjunción de doctrinas teóricas, que sirven para guiar el rumbo de la política exterior de Washington a través de la identificación de unas amenazas, tanto potenciales como reales, que desafían sus intereses. El anticomunismo es el ideario encargado de solidificar las líneas de acción de la Casa Blanca en un contexto definido por la tensión bipolar desarrollada frente al Kremlin soviético, mientras que la proliferación de movimientos guerrilleros en América Latina simboliza las amenazas potenciales inspiradas en el peligro representado por el triunfo revolucionario en Cuba bajo el liderazgo de Fidel Castro.

Bibliografía y fuentes consultadas:

- CIA, "Economic Sanctions: an Historical and Conceptual Analysis", 1 de octubre de 1982
- CIA, "Propaganda Report. Havana's Revolutionary Program for Latin America", 19 de febrero de 1963
- CIA, "Special Report. Cuban Subversive Activities in Latin America, 1959-1968". 16 de febrero de 1968
- D. Burks, "Insurgency in Latin America" [en Committee on Foreign Relations, *Survey of the Alliance for Progress*, 1969]
- D. Kruijt, "Cuba y sus lazos con América Latina y el Caribe, 1959-presente" en *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 28/1 (2019), pp. 279-301
- D. Kruijt, "Cuba and the Latin American Left" [en D. Kruijt, E. Rey y A. Martín, *Latin American Guerrilla Movements. Origins, Evolution, Outcomes*, New York, Routledge, 2020, pp. 18-26]

-
- D. Kruijt, E. Rey y A. Martín, *Latin American Guerrilla Movements. Origins, Evolution, Outcomes* (New York, 2020)
- Foreign Relations of the US, “Program Review by the Chief of Operations, Operation Mongoose”, 18 de enero de 1962
- J. Ríos y J. M. Azcona (Coords.), *Historia de las guerrillas en América Latina*, Madrid, Catarata, 2019
- K. Weyland, “Diffusion Effects of the Cuban Revolution. Guerrilla Struggles, Repression and Preemptive Reform” [en ídem: *Revolution and Reaction. The Diffusion of Authoritarianism in Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 2019]
- L. Mallory, “Memorandum From the Deputy Assistant Secretary of State for Inter-American Affairs (Mallory) to the Assistant Secretary of State for Inter-American Affairs (Rubottom)”, 6 de abril de 1960. URL: <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1958-60v06/d499> [Consultado 31/07/2022]
- OEA, “VI Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores en aplicación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Acta Final”, Punta del Este, Uruguay, 22-31 de enero de 1962
- T. C. Wright, *Latin America in the Era of the Cuban Revolution*, Westport, Praeger, 2001
- T. Harmer, “The Cold War in Latin America” [en Artemy M. Malinovsky y Craig Daigle, eds.: *The Routledge Handbook of the Cold War*, New York, Routledge, 2014, pp. 133-148]
- T. Wickham-Crowley, “Two “Waves” of Guerrilla-Movement Organizing in Latin America, 1956-1990” en *Comparative Studies in Society and History*, 56/1 (2014), pp. 215-242